

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

71. SOMBRA DE TRAGEDIA



EN TANTO vuelven a mi pensamiento todos los imborrables sucesos vividos en el castillo de Czeje, conturbándome casi con su mismo vigor original, interrumpo la narración que por más de hora y media han venido registrando las cámaras de televisión.

He callado la parte relativa a Verna. Se trata de algo cuya naturaleza íntima y personal no estoy dispuesto a compartir. También retuve ciertos detalles excesivamente morbosos y procuré soslayar, valiéndome de prudentes alusiones, los angustiosos conflictos espirituales que sucesivos —y contradictorios— hechos me provocaran.

Ahora me balanceo al borde mismo del instante crucial. Lo que acontezca de aquí en adelante decidirá el resultado de todo. No puedo evitar una intensa sensación de soledad, cierto pánico a duras penas controlable y frenéticos impulsos de escapar... Pero me obligo a mantener la fe. Es lo único que me queda, por lo demás. Ya que he llegado a descubrir que la fe constituye una realidad concreta, me aferro a ella con todas las fuerzas de mi espíritu.

Debo confiar. El plan tiene que resultar.

Siento —como roce físico— la sonrisa que, desde el otro extremo del improvisado plató de televisión, me dirige mi acompañante. Fuerzo los músculos de la cara para que correspondan al gesto.

Espero que mi sonrisa no resulte una mueca.

.....

EL FRÍO del amanecer me pellizcó amablemente. Abrí los ojos.

De inmediato me invadió una oleada de calidez y bienestar, cuya interpretación y análisis eludí, limitándome tan sólo a disfrutarla.

Luego, la tibieza del cuerpo que se adhería al mío, sobre el crujiente lecho de hojas

muertas, me trajo a la memoria la razón de esa dicha... Una sonrisa grande me separó los labios.

—Buenos días —suspiró Verna.

Hubo un concierto: insectos, pájaros, viento, todo se sumó a la sinfonía que nos meció durante mucho rato en nuestra recién creada nube artificial...

Pero es ley que todo tenga un fin. Llegó el momento en que debimos abandonar el improvisado Edén para retornar al castillo.

—¡Qué día glorioso! —exclamó ella, entrelazando con los míos sus dedos perfectos.

—El más feliz de mi vida —respondí, y empezamos a andar.

Yo no pensaba. No me detenía a observarme. Si lo hubiese hecho, habría enrojecido de vergüenza. Una escena así contravenía mis principios más arraigados. Jamás habría puesto en boca de mis personajes —gente realista— cursilerías semejantes...

Pero tales consideraciones no llegaron a abrirse paso por entre el rosa y el almíbar en que me hallaba sumergido. Creo que se trataba, ni más ni menos, de eso que llaman dicha..., más embriagadora para mí, por haber sido inédita hasta entonces.

—Todavía no lo creo del todo —y el cálido aliento de ella me acarició el oído.

ME INCLINÉ para darle otro beso. Caminábamos tomados de la mano (como debí haberlo hecho tantos años atrás con aquella jovencita de pelo largo que jamás existió) y no conseguía pensar en otra cosa que en aquel tardío regalo de la vida.

—Nunca creí que te iba a encontrar... —confesé.

—Yo siempre te esperé.

—¿Por qué? —inquirí, alborozado—. ¿Por qué yo?

—¡Eres distinto..., tan distinto de todos los que conocí! —se pegó a mi costado, y la ceñ con fuerza, sin dejar de andar—. ¡No concibo cómo pude vivir antes de que llegaras!...

No contesté. Era tanto mi júbilo, que me anudaba la garganta. Sentía impulsos de cantar, pero no me atrevía a abrir la boca, por temor de que se me escapase un sollozo.

DESPUÉS, más fríamente, y a solas conmigo mismo, percibí con despiadada nitidez el ridículo de mi postura. Pero, de algún modo, sentí que la debilidad se justificaba: mi espíritu era territorio virgen para esas expansiones. Resultaba lógico que, cuando hubo lugar a ellas, irrumpieran con la violencia de un simún, dando al traste con mi ecuanimidad. Al proyectarme a un remedo de la adolescencia que jamás viviera, la vida no hacía sino cobrarse una vieja deuda.

[Reflexionando sobre todo esto, y observándolo —por causa de mi deformación profesional, supongo— a la manera de un escritor, es decir, como si yo fuese más espectador que protagonista, no puedo sino alegrarme de mi renuencia a ventilar en público lo relativo a mi... romance, por así llamarlo. De haberme permitido incurrir en un exceso de lo “confesional”, posiblemente el encargado de sonidos de aquella emisión, cediendo a *su* propia deformación profesional, habría llegado a tener una ocurrencia para “fondo musical”...]

Lo percibí desde lejos.

Fue como una nube encapotando la gloria solar. La sombra de la tragedia pasó de golpe sobre mí, la sonrisa se me borró de la boca.

—¡Héctor! —exclamó ella, en tono ahogado.

Había algo anormal en el castillo de Czetjey.

¡La torre de Sandor, aquel añadido de acero inoxidable, aparecía horriblemente rasgada, como si una fuerza titánica la hubiese destrozado con saña inigualada!...

(Continúa)

¡LA TRAGEDIA HA IRRUMPIDO, INOPINADAMENTE, QUEBRANDO EL CLIMA PARADISIACO EN QUE HÉCTOR POLETTI SE SENTÍA ENVUELTO!... SIGUE: "EL ABORTO BIOLÓGICO": ¡UN CAPÍTULO ALUCINANTE!... ¡LAS ATERRADORAS CONSECUENCIAS DE LA CIEGA ARROGANCIA DE UN CIENTÍFICO! ¡INENARRABLE HORROR Y MORTAL AMENAZA!... ¡SÓLO PARA QUIENES NO TEMAN A LAS SOMBRAS NOCTURNAS! ¡LÉALO DURANTE EL DÍA..., Y NO LO HAGA ESTANDO SOLO!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com